

Ainhoa Berganza y Ana Guiu

CON EIDER MADARIAGA

# Mi vida lejos de mí

*Una novela que demuestra  
que siempre estamos a tiempo  
de recuperar nuestra vida*



MAEVA | inspira

## Nota de las autoras

Hoy en día el *coaching* está en boca de todo el mundo. Pero ¿qué es y para qué sirve realmente? Desde el principio, nuestro propósito ha sido precisamente ese: explicar de una forma sencilla en qué consiste este proceso y de qué forma puede ayudar a quienes deciden embarcarse en él. O, por decirlo de otra forma, hemos querido acercar el *coaching* a las personas. Y para hacerlo hemos apostado por una historia real y cotidiana. Unas vivencias por las que ha pasado mucha gente, que se repiten en muchos hogares y con las que sabemos que muchos de vosotros os sentiréis identificados.

Por otro lado, consideramos que el término *coaching* se ha banalizado y que está, de alguna manera, sobreexpuesto e infravalorado. En este sentido, *Mi vida lejos de mí* quiere devolverle a esta maravillosa disciplina el rigor que se merece. Porque el *coaching* tiene el poder de transformar a las personas, y se trata de una valiosa herramienta destinada al crecimiento y desarrollo de los seres humanos. Quien se sumerge en este proceso, vaya por delante que requiere de mucha valentía personal, inicia un viaje vital lleno de emociones con el que se pueden alcanzar muchas metas, algo que a nosotras nos merece un respeto absoluto.

Desde que publicamos la novela, en 2013, hemos recibido todo tipo de *feedback*. Si tuviésemos que destacar el más frecuente, sería el de aquellos que nos dicen que se reconocen en la protagonista, en su situación familiar y laboral. Ellos son también los que nos manifiestan su alivio al saber que los baches se superan y su deseo de luchar por transformarse en la mejor versión de sí mismos a través del *coaching*. Para nosotras, ese es el mejor regalo que podríamos recibir.

Llegados a este punto, solo nos queda decir que, al igual que sucede con el deporte, para nosotras el *coaching* no es una moda pasajera. Consideramos que se trata de un estilo de vida que empuja a quienes se abrazan a él a vivir un proceso de mejora y desarrollo permanente. Y reivindicamos el derecho a reinventarse a cualquier edad. No, no debemos pensar en la edad como algo limitador a la hora de perseguir nuestros sueños. El potencial que se halla en el ser humano es inmenso y basta con creer en uno mismo y ponerse manos a la obra para sacarle el máximo partido.

*Ainhoa, Ana y Eider*

\* Las autoras fundaron Inti Training & Coaching en 2011 con el fin de conducir a las personas en su camino hacia el desarrollo y la realización. Conoce su labor en <http://www.inticoaching.com>

# 1

**H**ace apenas unas semanas que empezó el nuevo año. Tímidamente se van instalando las acostumbradas rutinas y van quedando atrás los buenos propósitos. Un día más, me levanto de la cama muy temprano. Me calzo las zapatillas y camino de puntillas por el pasillo en dirección a la cocina mientras me abrocho la bata. No quiero despertar a Jordi y a los niños. Es el único momento del día en que puedo disfrutar de un poco de paz. Necesito este rato de silencio para despejar mi mente cuando, como cada mañana, preparo el desayuno y las mochilas de Laia y Marc.

Todavía medio adormilada, termino de colocar los tazones con cereales, los zumos de naranja y las tostadas, y el almuerzo que devorarán en el recreo. Aún dispongo de unos minutos de tranquilidad. Cruzo los dedos para que, por una vez, Laia y Marc no se peleen, lleguemos al colegio en tiempo récord y no se repita la tortura de todos los días. ¿Es tanto pedir? Ahora mismo siento que cuadrar mi vida personal y profesional es mucho más complicado que alcanzar la cima del Everest.

La paz dura pocos minutos porque Marc se despierta y, como cada mañana, reclama mi atención entre mimos. Voy hacia la

habitación y lo saco a besos de la cama, como a él le gusta. Acto seguido, me acerco a la cama de Laia, que levanta sus pequeños brazos para recibir la misma ración de afecto que su hermano. Todavía siente celos. Tiene seis años y desde hace dos aprende, a veces sin aceptarlo del todo, a compartir el protagonismo con su hermano.

—¡Hola, mami! —En cuanto me acerco a darle un beso, se agarra a mi cuello con una fuerza que no sé de dónde saca.

—¡Hola, cariño!

Mientras cargo con Marc en brazos, le doy la mano a Laia y me los llevo a la cocina para iniciar el ritual del desayuno. Laia, sin demasiadas ganas, alcanza el vaso de zumo y, como si de un pajarito se tratase, pega el primer sorbo con el que parece saciarse para el resto del día. Durante cinco minutos se dedica a mirar y manosear su tostada untada en mantequilla y mermelada sin decidirse a comerla. Sus cereales flotan casi desintegrados en el bol de leche. Me desespero, pero procuro contenerme respirando profundamente.

—Laia, por favor, date prisa y ayuda a mamá a llegar pronto al cole.

Mientras acaba su desayuno, aprovecho para vestir a Marc, un pequeño glotón que, a diferencia de su hermana, hace tiempo que ha terminado.

Cuando vuelvo a la cocina, encuentro a Laia exactamente igual. Sin haber tocado la tostada y con el zumo en el mismo punto, ha encendido la tele y contempla embobada una de las últimas andanzas de *Peppa Pig*, sus dibujos animados favoritos. Está claro que esta niña pone a prueba mis nervios:

—Hija mía, ¿en qué idioma te lo tengo que decir? ¿Quieres hacer el favor de terminarte el desayuno de una vez?

Con el susto, da un codazo al vaso de zumo, que en cuestión de segundos se hace añicos. La mesa, el suelo... Todo se ha puesto perdido. Al traste mis súplicas por una mañana tranquila. Noto que la ira se apodera de mí y empiezo a gritar como una

loca, mientras Marc llora asustado y Laia me mira con cara de «estás como una cabra». Me arrodillo para recoger los cristales y secar el suelo, cuando aparece Jordi.

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunta despreocupado.

Sin hacer amago de echarme una mano, cruza el charco de zumo de puntillas y va directo a prepararse un café con leche. No doy crédito a su actitud. Recuerdo que, cuando éramos novios, se levantaba a prepararme el desayuno y me daba los buenos días entre besos y abrazos. ¿Qué hay de aquel Jordi que conocí? No veo rastro de él por ningún lado.

—Como ya veo que no estás por la labor de ayudarme a limpiar, encárgate al menos de que tu hija termine el desayuno —le digo sin poder controlar mi rabia.

Sin darse por aludido, se dirige a Laia:

—Venga cariño, que ya eres mayorcita.

—Es que la tostada no me gusta —responde su ojito derecho.

—Venga, va, la comemos entre los dos.

—¡Vale, papi! —exclama Laia, con entusiasmo.

La solución de Jordi consiste en comerse tres cuartas partes de la tostada, mientras la niña ríe sus gracias y contempla atónita los enormes bocados con los que su padre pone fin a su problema. Laia inicia la jornada con un minúsculo trozo de tostada en su estómago. Una vez más, decido obviar el episodio y meter un paquete de galletas de chocolate en su mochila. A la hora del recreo tendrá un hambre voraz.

Las obligaciones familiares no parecen ir con Jordi, que, como cada mañana, sale en estampida hacia el trabajo, como si los niños y yo le diéramos alergia. Siempre tiene cirugías de vida o muerte. Tengo la sensación de que son su pretexto para desentenderse de los problemas de casa. Aprovecho que Marc ojea *La culebra viajera*, el libro que mi hermano Jan les ha traído de uno de sus últimos viajes a Buenos Aires, y que Laia sigue enganchada a *Peppa Pig*, para vestirme. Me enfundo en mi uniforme de batalla: un traje gris oscuro que considero mi

comodín de armario. Últimamente no tengo demasiada imaginación para vestirme y me saca de apuros a menudo. Me miro en el espejo mientras coloco las solapas de la camisa sobre la chaqueta. En mi vida me había visto con peor cara. La Beth que me devuelve el espejo me genera un rechazo absoluto. Tengo claro que si fuera un hombre, yo no sería la mujer a la que cortejaría. El profundo llanto de Marc me devuelve a la realidad. Corro hacia el salón y descubro a Laia en pleno ataque de celos, rompiendo en pedazos *La culebra viajera*. Podría estallar en gritos, como hace un rato, pero me contengo.

—Laia, pero ¿qué estás haciendo?

—¡El libro es mío! ¡Me lo regaló el tío Jan!

—¡El libro es de los dos y lo estaba viendo tu hermano! ¡Me tienes harta, Laia! ¡Castigada dos días sin *Peppa Pig*! —le digo, sabiendo que mi decisión le dolerá.

—¡No, por favor, mami, no! —llora Laia con desconsuelo.

—No quiero discutir más, Laia. ¡Estoy muy enfadada contigo y quiero que le pidas ahora mismo perdón a tu hermano! —exclamo con la mayor gravedad que mi tono de voz me permite.

Finalmente, logramos cumplir con el ritual diario. Una hora después despido a los niños en la puerta del colegio y emprendo el camino hacia el trabajo. La A-2 vuelve a estar congestionada. Enciendo mi cigarro de rigor, que absorbo a grandes caladas. ¡Menuda mañana gloriosa! Ni queriendo hubiera resultado peor. Y tener que ir al trabajo es lo que menos me apetece. Se me revuelve el estómago con solo pensarlo. Llevo doce años en la misma empresa y hace tiempo que no me motiva lo que hago. Soy la responsable del área de formación y cuento con un equipo de cuatro personas a mi cargo. Cada cual conoce como la palma de su mano cuáles son sus obligaciones y el equipo funciona de manera mecánica. Así que mi día a día transcurre sin demasiadas sorpresas y, por qué no decirlo, sin ninguna emoción. Sobre las once de la mañana, después de haber asistido a una reunión y responder a la mayor parte de los correos almacenados en

la bandeja de entrada, voy a la máquina a comprarme un bollo para desayunar y aprovecho para sacarme el segundo café del día. No hace falta decir que su calidad es considerablemente inferior a la del que me he tomado a primera hora de la mañana. Suelo decir para mis adentros que es radiactivo y que, de tanto tomarlo, un día me saldrá un tercer ojo en la frente. En cualquier caso, prefiero tomarlo sola a tener que compartirlo junto al resto de mi equipo; ahora mismo no soy precisamente un animal social, estoy tan desconectada de todo y de todos que me siento más a gusto en soledad.

La jornada se desarrolla lentamente y sin novedad. Resuelvo unas pocas cuestiones administrativas con la sensación de estar a medio gas. Hace unos años hubiera hecho cuatro veces lo que hago hoy en una jornada de trabajo. Pensando en el porqué de mi bajo rendimiento, miro la hora y me doy cuenta de que se me ha hecho tarde para recoger a los niños del colegio. Apago el ordenador y me despido de mis compañeros. En vista del poco entusiasmo con que me responden, pienso que si mañana me tragara la tierra no me echarían de menos. ¿Les habré contagiado mi apatía?

Me dirijo al aparcamiento. Llueve. Llego hasta el coche a toda prisa, busco las llaves en el bolso y no las encuentro. De solo pensar que, con este día, Laia y Marc me estén esperando y ser la última madre en ir a buscar a sus hijos, me invade una terrible angustia. ¿Dónde habré metido las llaves? ¿En qué me he equivocado para que me salga todo tan mal? Arrojo con brusquedad el contenido del bolso al suelo, hasta que las encuentro. El sonido del motor me relaja. Llueve sin descanso. El limpiaparabrisas, que parece no dar abasto para retirar el inmenso volumen de agua, me hipnotiza con su movimiento rítmico. Recuerdo que deberemos pasar por el supermercado porque la nevera está vacía. Absorta en mis pensamientos, el coche que tengo detrás me pita. Arranco y tomo el camino hacia el colegio.



## 2

—**M**ami, ¿jugamos a las muñecas? —me pide Laia a gritos desde el cuarto de juegos.

—Ahora no puedo, hija, estoy preparando la cena. Ven tú —respondo desde la cocina.

Me encantaría interrumpir las tareas del hogar y jugar con mi hija, tal y como rogaba que mi madre hiciera conmigo cuando era pequeña. No entendía que nunca tuviera tiempo para mí e, ironías de la vida, ahora soy yo la que reproduce su comportamiento. No puedo evitar sentirme culpable por ello.

La verdad es que hemos pasado una tarde de infeliz recuerdo porque a Marc le ha subido la fiebre repentinamente y nos hemos ido a urgencias. La espera ha sido interminable. Lo he tenido en brazos todo el rato y ha sido como estar abrazada a una estufa, porque desprendía un calor tremendo. La pobre Laia se ha aburrido como una ostra. Entre eso y que se siente como una reina destronada desde que su hermano llegó al mundo, hoy no ha sido su mejor día. Tampoco el mío.

—¿Cuándo vendrá papi? —me pregunta Laia, mientras pongo a hervir un poco de arroz.

—Dentro de poco, cariño —la consuelo, sin saber realmente a qué hora aparecerá.

Me enciendo con la inocente pregunta de Laia. Hoy me he vuelto a ver sola. Fue Jordi quien insistió en que tuviéramos un hijo. Su deseo era tan grande que creía que aquello lo convertiría automáticamente en el mejor padre del mundo, pero me equivocaba. Con el tiempo se ha convertido en un virtuoso malabarista del escaqueo. Sus compromisos profesionales lo son todo para él, y su escala de prioridades nada tiene que ver con la mía. Siento que un abismo nos separa y procuro salvar esa distancia a diario, pero me desgasto en el intento. Hace tanto tiempo que no mantenemos una conversación adulta, que cuando llega a casa no sé de qué hablar con él. Hay tantas cosas que tendría que contarle que no sé por dónde empezar. Me da pereza.

Si existiera un botón para borrar las últimas semanas de mi vida, lo pulsaría. Y no me refiero solo a mi descontento con Jordi. Parece que el resto de parcelas de mi existencia están tocadas por el mal fario. Últimamente, los niños están siempre enfermos. Laia ha estado con anginas y bronquitis, y a Marc es ya la segunda vez que le sube la fiebre. Y mi trabajo... De solo pensarlo me pongo mala. La desmotivación que arrastro desde hace tiempo me ha convertido en un ser inepto e incompetente. ¡Buf! Cada vez que pienso en la conversación que mantuvimos el otro día Carmen y yo, la palabra bochorno se queda corta.

Carmen es mi jefa y hacía tiempo que me había enviado una convocatoria para la revisión anual de mis objetivos. Era miércoles y a media mañana sonó el teléfono con insistencia. Estuve a punto de no descolgar el aparato pensando que el tema no tenía mayor importancia, pero, guiada por una especie de sexto sentido, lo hice. Era Carmen.

—Beth, llevo cinco minutos esperándote en la sala roja. Habíamos quedado para hacer la revisión anual de tus objetivos, ¿recuerdas? —me soltó con voz cortante.

—Ay... Sí, sí... ¡Claro!... Un minuto. ¡Ya voy! —respondí absolutamente desubicada. ¿Cómo se me había podido pasar? Revisé mi agenda de inmediato y, efectivamente, lo tenía anotado. Otro despiste.

—En un minuto quiero verte aquí. Sabes que detesto la impuntualidad y no quiero perder más tiempo; tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, sí, ya voy.

Colgué e inmediatamente me dirigí a la sala roja.

Al entrar me di cuenta de que no había cogido ni libreta ni folios para tomar notas. Apenas recordaba cuáles eran los objetivos que me habían marcado para este año, pero sabía que no los había alcanzado. Me sentía indefensa porque llegaba a la reunión sin ninguna preparación. Confesarlo encendería más aún a Carmen, así que opté por fingir.

—Hola, Beth. Si te parece, vamos al grano. —Carmen estaba muy seria.

—Claro, sí... Es lo mejor —respondí, intentando ocultar mi nerviosismo.

—¿Te has revisado los objetivos que habíamos propuesto para este año y su grado de cumplimiento?

—Sí —mentí.

—¿Y?

—... —Su pregunta me pilló fuera de juego y no supe qué responder.

Carmen tomó la palabra:

—Nos habíamos fijado tres objetivos: organizar veinte talleres internos de formación para el personal base y los mandos intermedios; impartir cinco cursos de habilidades directivas a mandos medios de la compañía; y por último, diseñar un catálogo formativo para el próximo año con el fin de que la plantilla conozca cuál es la oferta de cursos que ponemos a su disposición desde el área de formación —leyó Carmen—. ¿Recuerdas?

—Sí, claro... —volví a mentir. Sabía que inmediatamente después me hablaría del grado de consecución de los mismos. La cara me ardía del sofoco.

—Pues bien, Beth. Según mis datos, has propuesto y ejecutado solamente diez talleres, has impartido un solo curso y el catálogo formativo brilla por su ausencia —dijo Carmen, tajante. Su voz borraba cualquier rastro de compasión.

—Sí, Carmen... Reconozco que no ha sido un buen año —confesé. Mi jefa me miraba fijamente a los ojos, pero fui incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Y por qué no has pedido ayuda? Cuentas con un equipo de gente que puede ayudarte a alcanzar los objetivos establecidos. Y yo siempre estaré dispuesta a echarte un cable, y lo sabes.

—Sí, Carmen, lo sé, pero no es nada fácil liderar la formación en esta empresa. La gente es reacia a recibir formación interna y prefiere apuntarse a cursos externos. —Me sudaban las manos.

—Excusas, Beth. Esto lo sabemos desde hace tiempo, y por ese motivo impulsamos un Plan de Formación Interna que nos permitiera ahorrar costes y potenciar la cohesión de la plantilla.

—Ya, pero... —Intentaba justificarme, pero Carmen no me dio opción.

—Ni pero ni nada, Beth. ¿Sabes de qué va todo esto? De las ganas que le pongas al asunto. De tu grado de entusiasmo. Porque cuando uno quiere que las cosas salgan, las cosas salen. Y tú lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Beth, estos resultados no hay por dónde cogerlos. El año pasado tampoco cumpliste los objetivos, pero los de este año han sido mucho peores.

—No puedo rebatirte lo que me estás diciendo, Carmen. No sé cómo he llegado a esta situación —volví a reconocer.

Mis ojos estaban a punto de anegarse en lágrimas. ¿Qué me había pasado? ¿En quién me había convertido? Yo, que siempre había sido tan crítica con el trabajo de los demás, merecía ser juzgada con la misma dureza con que en el pasado lo hice con aquellos a los que consideraba poco eficaces.

—Sabes que con estos resultados —prosiguió Carmen— no te podemos dar la parte variable.

—Vale —acordé. ¿Acaso podía discurtírsele?

—Los ultimátums no van conmigo, Beth, pero quiero un departamento potente de recursos humanos con gente implicada y necesito saber si puedo contar contigo. Te invito a que reflexiones sobre el asunto —concluyó Carmen.

Vuelvo a sonrojarme al recordar la escena. Cuento con todo a mi favor: un presupuesto para acometer retos de envergadura, el apoyo de Carmen y de la dirección general y un equipo de buenos profesionales a mi cargo. Así que alcanzar los objetivos fijados debería haberme resultado sencillo. Siento que he agotado todas las oportunidades que la empresa me ha servido en bandeja. Carmen me presentará los objetivos de cara al próximo ejercicio y no sé qué haré. No tengo fuerzas ni ganas para llevarlos a cabo.

Escucho la puerta. Es Jordi. Laia se levanta y corre a recibirlo. Tiene cara de estar agotado. «Ilusa —pienso—, si creías que podías relajarte lo tienes claro.» Pasa por delante de mí con un inexpresivo «hola, qué tal», sin darme un beso y sin dignarse a mirarme a los ojos. Se dirige al salón, se deja caer en la butaca y enciende la televisión.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunto. Mi esfuerzo por intentar comunicarnos no sirve de nada.

—Bien. Sin parar —me responde escuetamente, sin darme pie a más.

Me hubiera gustado decirle que hemos pasado la tarde en urgencias, que sus hijos lo necesitan y yo también, pero siento que el esfuerzo es inútil. Me acerco a la habitación de los niños y le pongo a Marc la mano en la frente. La fiebre ha bajado.

### 3

Son las 20.30 horas. Llevo un rato largo en casa con los niños. Los he bañado, les he dado la cena y ahora toca contarles un cuento antes de dormir, con el que por hoy daré por finalizadas mis obligaciones como madre.

—Laia, Marc, a la cama —ordeno sin éxito alguno—. Laia, va —insisto—, que se note que eres la mayor. ¡A la cama!

Parece que mis palabras han surtido efecto. Laia ha cogido carrerilla y atraviesa el pasillo a la carrera para ser la primera en llegar a la cama. Tengo la sensación de que es un intento desesperado por recuperar su trono de reina. Marc intenta alcanzarla con una cara de velocidad que me despierta una de las pocas sonrisas de las últimas semanas. Cuando llego a la habitación los veo saltando en sus camas como locos y riendo a carcajadas. Creía que con el baño caerían redondos, pero nada más lejos de la realidad. Están completamente pasados de rosca e intuyo que me costará dormirlos.

—Chicos, a la cama —digo, mientras Laia y Marc van a lo suyo—. O me hacéis caso o no hay cuento. ¡A la de una, a la de dos, a la de...!

Antes de que pueda pronunciar el tres, los niños se meten en la cama de un brinco. La técnica de la cuenta atrás resulta infalible. Les leo *El gigante egoísta* de Oscar Wilde, un cuento que me trae muchos recuerdos. A mi madre le gustaba leerme-lo cuando era pequeña, y cada vez que lo hacía terminaba llorando. Nunca entendí el por qué de sus lágrimas, hasta que me hice mayor. ¡Cuánto la echo de menos!

Suena mi iPhone. Tengo un mensaje de Jan: «Estos chinos son duros de pelar, pero la conferencia ha ido rodada. ¡Me encanta Pekín! ¿Skype?». «Dame veinte minutos», respondo.

—¿Sabéis que vuestro tío Jan está en Pekín? —les digo a los niños.

—¿Kín? —pregunta Marc, que como un lorito repite la última sílaba de todo lo que escucha.

—Sí, cariño, es una ciudad de China.

—¿Y dónde está eso? —Ahora es Laia quien pregunta.

—¡Uy! Eso está —digo y abro los brazos todo lo que puedo para que se hagan una idea de la distancia— muy, muy, muy, muy lejos.

—Pero yo quiero que vuelva —me dice Laia, con los ojos llenos de lágrimas, pensando que no verá a su tío nunca más.

—Que esté lejos no significa que no lo volverás a ver —le explico—. Pasado mañana cogerá un avión y ya podréis estar con él.

Les doy las buenas noches a cada uno y apago la luz. Antes de llamar a Jan me preparo la taza de leche caliente con miel que tanto me gusta tomar por las noches, y saco un par de onzas de chocolate del armario que me meto en la boca según voy hacia el salón. Me siento frente al ordenador y me conecto a Skype. ¡Qué ganas de hablar con él! Siento que es el único que me escucha y me entiende, algo de lo que ando tan necesitada ahora mismo.

—Jan, ¿me oyes? —pregunto, sin respuesta al otro lado de la línea—. ¡Eoooo! —insisto.

—¡Qué pasa, hermanita!

—¡Jan! —exclamo con entusiasmo—. ¿Qué tal por China?

—Muy contento, la verdad. El país me ha sorprendido para bien y estoy conociendo a gente muy interesante. Hoy, sin ir más lejos, he comido con el director general de una multinacional de aquí que me ha dado buenos consejos para hacer negocios en el país. Está claro que viajar abre la mente.

—Suená bien.

—¿Bien? Muy bien, diría yo. —Su puntualización me molesta—. Mañana voy a la Gran Muralla y por la tarde visitaré el distrito artístico 798, del que todo el mundo habla maravillas.

—¡Menuda vida! Tú por ahí y el resto del mundo, aquí, currando —le digo sin poder evitar mordirme la lengua. Me arrepiento de inmediato.

—Beth, eso ha sonado a reproche.

—Perdona, Jan, es que estoy de bajón.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—La semana pasada me reuní con mi jefa para hacer un repaso de los objetivos que me marcaron para este año y no he conseguido ni uno. Me ha dado un ultimátum... Voy de mal en peor, a diferencia de ti, que cada vez que hablo contigo tu vida parece de revista.

—Pero, tía, ¿cuántas veces tengo que decirte que te largues de ese curro? ¿Cuántos años llevas haciendo lo mismo? ¿Te suena de algo la palabra *reinención*? Beth, la vida son dos días y uno ya ha pasado. Estás a punto de cumplir los cuarenta. ¡No dejes que pasen los años porque llegará el día en que será demasiado tarde para cambiar y no te lo perdonarás!

—Habló don Perfecto.

—No, Beth, no se trata de eso. Se trata de ti. Ahora mismo no estás contenta en tu puesto y eso te está machacando. ¡Parece que no quieres verlo!

—No es cierto, Jan. Me gusta mi trabajo —le digo sin créermelo en absoluto—. Lo que pasa es que últimamente no estoy



en mi mejor momento. No sé qué me pasa. Es como si me hubieran chupado toda la energía. No tengo ganas de nada. Siento que toda mi vida va cuesta arriba.

—¿Y Jordi? Con una cirugía de vida o muerte para no variar, ¿no? Mira, Beth, ¡D-E-S-P-I-E-R-T-A! Lo de Jordi es para echarle de comer aparte. Tienes un marido que no te merece.

—Te equivocas. Jordi tiene muchas cosas buenas —replico sin convicción.

—¡Faltaría más, todos las tenemos! Pero reconoce que no está dando la talla por ningún lado.

—Jan, no me apetece hablar de esto ahora. Suena todo muy fácil en boca de alguien que no tiene responsabilidades.

—Estás siendo injusta con quien más te quiere, Beth. No te tomes un buen consejo como un ataque personal ni me culpes porque las cosas me vayan bien. La única diferencia entre tú y yo es que yo vivo la vida que quiero y tú no.

—Ya he tenido bastante por hoy. —Cuelgo inmediatamente sin darle opción a seguir.

Un sentimiento de mezquindad se apodera de mí y me arrepiento profundamente de lo que acabo de hacer. No estoy preparada para escuchar las verdades de Jan. Soy consciente de que tiene razón y de que siempre procura ayudarme con sus consejos, pero ahora mismo sus palabras me escuecen como si me pusieran sal sobre una herida abierta.

Jordi, el trabajo... ¿Y ahora Jan? Siento que me falta el oxígeno y me abrazo a un cojín con todas mis fuerzas para llorar con desconsuelo. Estoy completamente perdida y desorientada. No sé cómo reconducir mi vida.

Al cabo de un rato, cuando creo haber agotado las existencias de agua de mi cuerpo de tanto llorar, vuelvo a recuperar la calma. Alcanzo el iPhone y escribo: «Perdona, Jan. Gracias por estar ahí. Sabes que te quiero». «Yo vivo la vida que quiero y tú no. Yo vivo la vida que quiero y tú no. Yo vivo la vida que

quiero y tú no.» Ha transcurrido un largo rato desde nuestra conversación, pero sus palabras siguen retumbando en mi cabeza. ¿Me gusta realmente la vida que llevo? Actúo de manera tan mecánica que ni me lo había planteado. Quizá Jan esté en lo cierto.